

gobiernos perversos y de los pueblos sencillos encandeca la historia, descompagina los pensamientos y acostumbra a un soporífero derrotismo interclasista. Se deben respetar las reglas del juego: la tarea del escritor latinoamericano no es la de evocar situaciones lejanas y circunstancias inalcanzables, proponer acercamientos, asumir el papel del contestador. Su función es en cambio la del incómodo exegeta del pueblo, del rígido azotador de costumbres soñolientas o de arcaicas proyecciones lúdicas, en realidad perdedoras respecto a las aguerridas pretensiones de otras comunidades —de otros pueblos y, por lo tanto, no sólo de otros gobiernos— que desde tiempos inmemorables sitian al subcontinente americano, le asechan y le explotan con sus instrumentos y sus artes factuales.

América latina —de la que Argentina representa al mismo tiempo la progresión porvenirista y la esclerosis maníaca de arcaicas concepciones sociales— no puede encontrar en el anarquismo lúdico una compensación a la aflicción producida por la dependencia económica. El país ha sobrepasado —como todos los demás países del área las etapas, los pasajes, de la economía y del orden social para vilipendiar a su propia individualidad en un perverso nacionalismo y en un precario capitalismo. Dentro de estas falsas barreras aduaneras, el sueño de los argentinos se ha rendido a las nostalgias y a las infamias del vivir diario. Los personajes de la vida diaria difícilmente se reflejan en el arte, ya que la vida cotidiana casi no existe o existe de forma dominante, imperativa. El gran hablar de los Estados Unidos despilfarradores de un bien que pertenece por derecho divino a los latinoamericanos desobedece a las indicaciones —las trayectorias— de la historia: el mal no es la encarnación del disgusto de Dios —no es esto tan sólo— sino también la ataraxia, la fatal convicción de vivir en un Empíreo (saqueado por el fraude ajeno) de los latinoamericanos. La literatura latinoamericana no puede detenerse en la ingenuidad, en la inconsciencia de sus protagonistas para argumentar sobre la vulgaridad de los ladrones extranjeros, que siempre violan la tierra ajena. El escritor latinoamericano debe asumir el tono del verboso ejecutor de la justicia, del jurisconsulto, de un jusnaturalista endurecido que le exige a la naturaleza créditos invertebrados en la larga apoteosis de la especialidad, de la movilidad, de lo impracticable del movimiento en las dimensiones de lo primigenio.

Es muy frecuente, en nuestros países latinoamericanos —tan propensos a gobiernos despóticos— criticar el famoso materialismo yanqui, mientras nos envanecemos de nuestra presunta inclinación a los valores espirituales. Pero, aparte de que es ya de

dudoso valor espiritual ese autoelogio, lo cierto es que somos incapaces de esa fortaleza que supone la admisión de graves defectos y esa capacidad para exponerlos a la luz del día. Pocas veces nos inclinamos a reconocerle a los Estados Unidos uno de los más grandes valores espirituales, que en la práctica nosotros por lo general desconocemos y hasta prohibimos: la capacidad de autocrítica y el insobornable derecho al disentimiento (36).

El hombre-engranaje prescinde de la constatación de actuar en función creativa o no: él piensa en la agitación, en la subvención, en el terrorismo como en las únicas «anclas de reserva» de su despreocupado sentido de sí. La perversidad es reconocida como una característica de la democracia; el hombre democrático, sin embargo, parece apasionarse con sus males, hasta el punto de que los administra con cautela. El principio de la división de los poderes, la reciprocidad de los controles institucionales confieren al conjunto social un recurso energético —y ético— que de otras formas no conseguiría garantizar.

El desequilibrio entre el hombre y el mundo se deriva de la incompatibilidad entre las dos posiciones que, de forma exasperada, representan al uno y al otro: el individualismo y el comunitarismo, el pensamiento personal y el colectivo. Sin una correlación entre estos dos factores, el itinerario humano (de la naturaleza como se deriva de la concepción humana) se interrumpe, se subdivide en breves recorridos faltos de *telos* (verdadero o falso), de un proyecto que tenga por objeto sustraerle al tiempo real el tiempo imaginario y vivir este último como el tiempo del hombre, por forma y grado no inmediatamente antagónico (conflictivo) con el de los demás. La perversidad del hombre se entiende por los teóricos del conflicto (Hobbes, Rousseau) como formas naturales, mientras que en la naturaleza la animalidad se configura como una ley, no como una característica de los animales (los animales se autoeliminan en el orden natural de las cosas, no luchan entre sí para conseguir el primado de la supervivencia). El área intermedia entre egoísmo individual (que se justifica invocando las pérfidas leyes naturales) y colectivismo estatal (que se justifica patrocinando una justicia distributiva difícil de lograr) representa —según Sábato— la condición mejor para superar ese gran debate entre esquizofrénicos que caracteriza a los que él define los Tiempos Modernos.

Por razones didácticas, pedagógicas, de confort social, el hombre corta el flujo fenoménico que constituye este raro mundo co-

(36) Ernesto Sábato: *Apologías y rechazos*, cit., p. 160.

tidiano en pedazos, que después clasifica, rotula y coloca en estantes; de modo que ese Universo fluyente es curiosamente convertido en una especie de Gran Despensa (37).

La diferencia entre ortodoxia y heterodoxia consiste en la adhesión o no del hombre al orden político y social existente según unos principios inspiradores o defensores que pretenden una continuidad difícil de programar. El conformismo es la falta de atestiguación de principios motores, capaces de cambiar el orden existente; el conformismo, por lo tanto, puede ser también revolucionario: en este supuesto no defiende posiciones o valores, sino que actúa para que se produzcan casi a pesar suyo y de todas formas sin su aportación. El conformista moderno es exclusivista, rígido ejecutor de órdenes idiosincráticos, distónicos: es la solapa de la histeria colectiva.

El hombre es conservador. Pero cuando esa tendencia se debilita, las revoluciones se encargan de renovarla (38):

La revolución bajo esta óptica, parece una operación de socorro a favor de los que actúan en condiciones de ataraxia mental.

También el surrealismo es —según Sábato— una forma sublimada de ataraxia mental que, según Gerald J. Langowski, repercute como una amenaza en la reflexión del hombre moderno:

...vemos que las causas de desilusión para el escritor después de la Segunda Guerra Mundial son semejantes a las de 1914. El inminente peligro de un holocausto atómico sólo servía para realizar el dictum original del surrealismo. La atracción de Sábato hacia el surrealismo es un caso peculiar entre sus contemporáneos (39).

En efecto, la relación entre arte y sociedad se considera por Sábato como una relación impropia ya que es difícil que el arte represente el reflejo condicionado de los factores económicos de un determinado momento histórico en una determinada realidad geopolítica.

El hombre no es un objeto pasivo y, por lo tanto, no puede limitarse a reflejar el mundo: es un ser dialéctico y (como sus sueños lo prueban), lejos de reflejarlo, lo resiste y lo contradice. Y este atributo general del hombre se da con más histérica agudeza en el artista, individuo por lo general anárquico y antisocial, soñador e inadaptado (40).

(37) Ernesto Sábato: *Uno y el Universo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1969, p. 137.

(38) *Ibidem*, p. 89.

(39) Gerald J. Langowski: *El surrealismo en la ficción hispanoamericana*, Gredos, Madrid, 1982, p. 107.

(40) Ernesto Sábato: *El escritor y sus fantasmas*, cit., p. 159.

La postura heretical del escritor sirve para conferir al conjunto social una precariedad que calca las posiciones fideístas o religiosas: el reino de Dios reduce el alcance del reino de los hombres (a partir de San Agustín) en beneficio de la persona que se emancipa de la sumisión al poder absolutista del regidor político.

El artista realiza perturbaciones culturales de más largo o más breve período que las realizadas por el reformador social: su tarea no se agota en la figuración de los acontecimientos que le afectan, sino en la transfiguración de los mismos a efectos de superar precisamente esos condicionamientos de los que, no obstante, está formada su realidad cotidiana, generacional, histórica. El arte convierte al tiempo histórico en el tiempo generativo típico de la inmortalidad: la purificación es un advenimiento que se connota continuamente con los ímpetus de la insatisfacción del hombre creador. El melancólico pasado y el definitivo presente parecen escamarse en la epopeya artística para alcanzar un tercer momento, el tiempo de la conflagración de los elementos y de la ideación de las formas con que aparecen y desaparecen de la observación.

El arte es el parte secreto y alusivo de acontecimientos que podrían no acaecer, calmando así aquellas quebraduras conceptuales que lesionan la lectura orgánica de la historia. La monotonía del artista parece ahondar sus raíces aéreas en la atmósfera de las inquietudes y de las turbaciones. El artista reduce la vida también a sus notaciones más incongruentes en el intento de renovarla o al menos de representar a los enzimas (los fantasmas) de su regeneración.

RICCARDO CAMPA

Universidad de Nápoles
Vía Salaria, 422
ROMA